

de su penitencia.

Mayor angustia fue la que se siguió inmediata á esta, porque les asaltó á las Viudas é Hijos de los ajusticiados una mortal epidemia, y como no sabia su idioma para confesarlas, se valió de Intérpretes, y así las pudo disponer para recibir los santos Sacramentos y auxiliarlas en su muerte, sin que ninguna muriera sin el santo Oleo, llegando tambien á sesenta las que enterró, con quarenta párvulos hijos suyos. Fueron todas estas muertes tan seguidas, lastimosas é irreparables, que si tenían en confusion á las gentes, tambien era para todos de admiracion ver aquel zeloso é infatigable Misionero de dia y de noche lleno de amarguras, pero ocupado en el ministerio, ya exhortando á los ajusticiados, ya confesando á los moribundos, ya enterrando los muertos, ya administrando los Sacramentos á los Soldados y Vecinos, sin acordarse de sí, para tomar algun descanso ó los precisos alimentos.

No era esta especie de fatigas la que el V. P. iba buscando en aquellas tierras, pues conocia lo que era ser Párroco de Presidio, y no tener Indios en quienes exercer el catequismo; y por eso, serenada la pasada tormenta, le suplicó al Custodio le destinara á Mision de Gentiles, como ocupacion mas propia de su Instituto: fue necesario que repitiera su súplica, porque estaba en la Villa muy estimado, y no quisieran que les faltase tan zeloso Ministro; pero el R. Custodio, atendiendo á su consuelo, le dió la obediencia para unos Pueblos de la nacion Tequa, bastante retirados. Viéndose ya el V. Padre con dos Pueblos de Gentiles, y en el ejercicio del ministerio apostólico, que tantos pasos ^{at} icitudes y congoxas le ha-

bia costado, se entregó todo al catequismo de aquellos miserables Gentiles; y con la suavidad natural de su genio y amoroso trato, les fue atrayendo, é instruyendo en los divinos Misterios, hasta hacerles capaces del santo Bautismo y de los demas Sacramentos, casándoles, y beneficiando sus almas de todos modos. Trabajaba tambien personalmente con ellos para enseñarles á buscar su propia subsistencia, para que con ella pudieran conservarse en la Fe y Doctrina Christiana, sin verse necesitados á andar vagueando por los montes como las fieras. Tres años se mantuvo el V. Padre en aquellas tierras y sus laboriosas tareas, hasta que le llamó la obediencia para el Colegio, al que llegó el mes de Mayo del año de noventa y seis.

Nada satisfacía al ardiente zelo con que el V. Padre estaba siempre ansiando por la conversion de los Infieles; y aunque esta le tenia ya bastante costo y trabajo, aunque la obediencia le ocupaba en otros ministerios, pero como siempre humeaba en su corazon mal apagado aquel fuego, con qualquiera chispa se levantaba el incendio. Ninguno podia hacer ventaja en el zelo de la conversion de los Gentiles al que habia sido su Apóstol en los dos Reynos el V. P. Fr. Antonio Margil, y con todo, sacándole de sus Conversiones la obediencia para Guardian del Colegio, luego que llegó, nombró, con el R. y V. Discretorio, al P. Diez por su Vicario, y aunque al año pretendió renunciar el oficio, como la primera vez, por haber escrito un Misionero de la Talamanca que habia allá falta de Ministros; pero proponiendo al V. Prelado sus deseos, le denegó este consuelo, para que tuviera el mérito de ellos, y

de no obrar cosa ninguna por su querer propio, mirando en esto, que son mas necesarios en el Colegio hombres de respeto y exemplo para su conservacion y la del Instituto Apostólico.

No le impedian las ocupaciones de Vicario las del Instituto, teniendo un Prelado, que gobernando con el exemplo, si era idea animada de un perfecto Religioso, igualmente lo era de un zeloso Misionero, y uniendo sus intenciones, eran los dos uno solo para el gobierno: con esta máxi-

ma, era exáctísimo en los actos de Comunidad, y en los ejercicios espirituales y de mortificacion: era indefectible en la oracion y demas asistencias que exige la disciplina de una Comunidad arreglada: le imitaba en las continuas tareas del Confesonario y del Púlpito, y en todo lo que podia ser del servicio de Dios ó bien del próximo, con lo que llenó las obligaciones del oficio hasta el año de setecientos, en el qual parece que fue nombrado Escritor del Colegio.

CAPITULO IX.

Sale el V. Padre á misiones de Fieles, y le hacen Guardian del Colegio, Secretario General, y Comisario de Misiones.

CON gloriosa emulacion, quando un Ruiseñor canta, le responde como á competencia otro, quedando empeñados ambos en llenar el ayre de su sonora armonia, de suerte que el que desfallece y queda vencido, primero pierde el espíritu que la voz, antes dexa la vida que el canto: igual emulacion, pero santa, parece que tenían los Venerables Fundadores del Colegio, aspirando al logro de los mejores carismas y gracias con que el Señor condecoraba el apostólico ministerio: el Púlpito era la palestra en que como enviados de Christo exáltaban la voz y esgrimian la espada de la divina palabra, para hacer guerra al Demonio y sus aliados, con tal valor y constancia, que primero dexarian la vida que la predicacion apostólica, y antes se expondrían á la muerte, que dexar de cantar ni de jugar las armas de la verdad y doctrina evangélicas, pues á los que Dios escoge para que por su medio se salven muchos, no solo se

han de ocupar en la contemplacion de la divina hermosura, sino que han de levantar la Vandera de la Cruz, para alistar en su adoracion y seguimiento los Pueblos. Buen exemplar fue el Salvador del Mundo, que daba las noches á la oracion, y empleaba los dias en beneficio y enseñanza de los mortales.

Con estas sólidas máximas, luego que el V. P. Diez se vió libre de la precisa residencia en el Colegio, salió con otros Compañeros á predicar á Christo crucificado, llenando de melodía las almas, con cantarles sus divinas finezas y eternas misericordias. Comenzaron desde el Pueblo de San Juan del Rio, y entrando por el Charcon y Tequisquiapa, fueron fecundando con copiosas lluvias de doctrina y enseñanza todos los Pueblos de aquella Jurisdiccion y comarca, bendiciendo el Señor sus trabajos, en los copiosos y ópimos frutos que acopió en las troxes de su Iglesia, y dándoles á sus Ministros la gracia de du-

plicar los talentos que les habia confiado su Providencia, y por eso cada día mas consolado y gustoso trabajaba el V. Padre en su apostólico ministerio, hasta que ella misma, por medio de la obediencia, le fue ocupando en otros varios destinos.

El primero fue el de Guardian del Colegio el año de setecientos y tres, en que, con no poca confusion de su humildad, viéndose primero Piloto de la combatida nave de la Cruz, gobernaba sus faenas con estudio y experiencia, con espíritu y destreza, y como no perdía de vista el norte con que la dirigía, con felicidad la libertaba de escollos y borrascas, porque era su confianza tan firme, que en la oracion alcanzaba que la divina Providencia despejara las nubes de los disturbios, y soplara favonios de gracia y serenidad en los corazones. Luego que se vió colocado en el oficio, se hizo cargo de sus obligaciones, extendiendo la vista y la consideracion mas atenta por el dilatado espacio en que los Religiosos del Colegio estaban afanando en sus heroicos ministerios; y siendo las Misiones de Infieles el primer objeto de sus cuidados, para que sus Ministros estuvieran socorridos en todas sus necesidades, y les fueran sus trabajos ménos penosos, sin tener que buscar arbitrios que quizá gravaran sus conciencias, puso Síndicos en todas ellas, para que se las remediaran sin trabajo del Misionero, y conforme á la pureza de nuestro estado, asegurando así la observancia de nuestra evangélica pobreza, que es la que dá todo el honor á la predicacion apostólica.

Halló en su gobierno arreglado el Colegio á las leyes y Estatutos de su Instituto, y así, ni tuvo que hacer novedades, ni que reformar abusos, y

solo dirigia sus acciones por las santas costumbres que los Fundadores habian establecido, arrimándose á ellas como á timon que endereza con acierto y hace fácil el gobierno; por eso huía de los nuevos estilos que se introducen con apariéncia y capa de virtud, llevando en la novedad el veneno disimulado; pues aunque los aplauden los ignorantes, siempre son causa de turbaciones, con color de místicas utilidades; desengaño que hubiera evitado en todos tiempos muchos disturbios al Colegio, si los que apoyan semejantes introducciones no tuvieran mas intereses y pasiones, que la Pasion de Christo y el interés espiritual del próximo.

Á los dos años y medio de Guardian, le eligió el M. R. P. Comisario General Fr. Juan de la Cruz, para su Secretario General; y aunque es cierto que le hizo mucho honor á su persona con tan circunstanciado oficio, pero naturalmente le fue muy gravoso, pues su humildad tenía en continua agitacion su espíritu, afligido siempre del escrúpulo y de la duda, desconfiando en todo de su capacidad y talento, y así le fue muy grato el quebranto que su salud iba padeciendo, que no siendo de un sano, pasó á amenazar el último estrago, por lo que pudo restituirse á su Colegio, con beneplácito del Prelado, á los cinco meses que habia sido su Secretario, y volvió al gobierno del Seminario, con título de Presidente in capite, en el que duró hasta el próximo Capítulo.

Para formar algun concepto del mérito con que el V. Padre gobernó el Colegio, es preciso tener á la vista el laborioso espíritu é infatigable zelo con que habia exercitado las penosas tareas del ministerio, pues quando fue

electo Guardian, ya habia trabajado en ellas veinte años, y él mismo dice en su Crónica: «Que vino mozo, y con salud robusta, y en los veinte años de Misionero, despues de mortales enfermedades, estuvo tullido algunos meses en una cama, y habia quedado tan impedido, que solo servia de estorvo por sus continuos achaques, y que á no tener tanto amor al exercicio apostólico y á la Santísima Cruz, nuestra Patrona, hubiera procurado el alivio, volviéndose á su Provincia.» Compárese pues el lastimoso estado y suma debilidad á que le reduxeron los efectos de su ardiente zelo, y de los trabajos que esmaltaron su obediencia hasta postar sus fuerzas, con la fortaleza y teson necesario para la rigida observancia de una vida comun, y asistencias á todas las funciones de Comunidad, así de día como de noche, en que el Prelado debe ser el primero, con otras muchas pensiones anexas al ministerio, y se conocerá quanta fortaleza de espíritu le comunicaba el Señor á su fiel Siervo, para que pudiera desempeñar las obligaciones en que su misma Providencia le habia puesto.

Ni se puede sindicar de imprudente la elección de la Comunidad, pues el valiente sufrimiento del V. Padre desfiguraba el peso de sus trabajos, y su tolerancia disminuía su gravedad, y así, fundaban sus votos en la apacible sencillez de su trato, en la moderacion con que refrenaba su genio, en la práctica de unas virtudes sólidas, y en la humilde discrecion con que habia desempeñado el gobierno de otros cargos. En esta balanza de Astrea pesaba el mérito del V. Padre, y así, le pareció justicia la atencion que con él tuvo, pues pasa-

dos solo tres años de su Guardianía, concurren el de setecientos y nueve las elecciones de Guardian del Colegio, y la de Comisario de Misiones, y en ambas dió relevantes pruebas del aprecio y estimacion que hacia de sus virtudes y prendas, eligiéndole en la primera, con la mayor parte de los votos, y habiendo el Presidente del Capítulo confirmado á otro de los tres electos, en la segunda, que fue el mismo día, volvió á darle electo, por lo que fue confirmado en Comisario de Misiones.

Bien sabia el V. Padre que el fin de la institucion del Comisario, fue el que con su trabajo y continua solicitud se exalte y amplie en todas partes la Fe Católica, la Religion Christiana y la reformacion de las costumbres de los Fieles, y se dilate con provecho de éstos y atraccion de las naciones bárbaras. Esta fue siempre la que con incesable fatiga habia muchas veces intentado para emplear su vida en las conversiones de Infieles, y no habiendo podido lograrlo, tenia en su corazon reservada esta pena, y por eso en su Crónica dice: «Permitaseme el desahogo en la pluma, quando me veo tan impedido para las conversiones, por mis continuas enfermedades, y á la puerta de una cansada vejez, y que se me pasó el tiempo de una florida edad en deseos, sin poder lograr la dicha de convertir almas, como la logran al presente muchos de este santo Seminario; quedame el consuelo de que hice las diligencias posibles, y me lo estorvó el que mas pudo.» Si con esta sentida queja, satisface á la omision que se le podia acusar en su florida edad, igualmente responde á la que no se le podia imputar en su cansada vejez, que agravada de sus en-

fermedades, le impedía el trabajo en esta especie de misiones, pero de ningún modo se dijo por excusado del de las de Fieles; y aunque quebrantado de fuerzas y fatigado de accidentes, salió con otros Compañeros á pie, y con el equipage de los Apóstoles, soportando alternadamente con ellos las tareas del Púlpito, y continuamente las del Confesionario. Pero fue desgracia que ninguno de ellos dexó memoria de los frutos que se lograron en sus misiones, y mucho menos el V. Padre, pues fue tan tenaz en su propio desprecio, que omitió quanto podía indicar su sollicitud y trabajo, privando con su silencio de mucha gloria al Instituto y á la comun edificación de los sucesos de su Comisariato.

Ocupado en sus apostólicas peregrinaciones andaba el V. Padre el año de setecientos diez y seis, en que ocurrió la elección de Guardian, y no sabiendo en donde se hallaba, para convocarlo al Capítulo, se le escribió por el rumbo de Zacatecas, por haber dirigido sus misiones hácia él, y no viniendo al tiempo prefixado, se procedió á la elección, en la que salió canónicamente electo, y fue confirmado por el R. P. Presidente del Capítulo; pues aunque era actual Comisario, no había inconveniente alguno, estando próximo á cumplir su septenio, en que debía finalizarlo. No ignoraban los electores los quebrantos de su salud, pero veían los esfuerzos de su espíritu, duplicado en el amor que tenía á los ejercicios apostólicos y á los monásticos. Atendian á su edad madura, al exemplo de su vida, al crédito que daba al Instituto, y á la comun aceptación con que era venerado; y como la prudencia es la piedra de toque que descubre los quila-

tes de la virtud y prendas que se desean en el que se busca para Prelado, en la que tenían experimentada en el V. Padre, le habian visto lleno de caridad con sus Súbditos, imparcial con todos, blando de condicion, cauto en los negocios, humilde con discreción, afable con gravedad, y zeloso sin amargura, por lo que en las críticas circunstancias que en aquel tiempo corrían, les pareció necesaria su prudencia, y estimaron su elección por muy justa.

Á poco tiempo le llegó la noticia, pero inalterable en los accidentes que llaman fortuna, y él recibía como disposiciones de la soberana Providencia, se vino á sujetar la cerviz á otro nuevo yugo, y tirar del carro, que quanto es ruidoso, es tambien pesado. Llevaba en él la mayor gloria de Dios: sobre las dos ruedas, la observancia de las obligaciones Religiosas y la de las del Instituto Apostólico: infundia en sus Súbditos Misioneros, un ánimo inflamado en las materias de espíritu y despreciador de las terrenas; y como sobre ellos gira todo el peso del ministerio, les persuadía con exemplos y palabras, que fueran místicas ruedas, que tocando como ellas en la tierra en un solo punto, al instante se elevaran á la atención de las cosas celestiales, y corriendo veloces sobre el exe firme de la honra de Dios y bien de las almas, unos propagaran la Fe en las naciones Gentiles, y otros reduxeran á penitencia á los miserables pecadores.

Nacian estas flamantes llamas, de la fuente de luz y ardiente amor que el V. Padre le tenía á Dios, pues conociendo en la continua meditacion de la Vida y Pasion de nuestro amosísimo Redentor Jesuchristo el infinito tesoro que en sus méritos pier-

den los Gentiles y pecadores, se encendia su corazon en afectos de caridad, y de muy buena gana expendia todas sus fuerzas, y queria tambien sobreexpendir y consumir su sangre, su espíritu y su vida, por ganar para Dios sus almas, pues veía estos mismos afectos cumplidos en el divino Maestro, que compró en la Cruz con su vida nuestro remedio. De aquí nacia tambien aquel tan estimativo como oficioso amor con que adoraba la Santísima Cruz que en el Colegio se venera como Patrona, y que la soberana Providencia hizo piedra fundamental para erigir sobre ella los trofeos de su misericordia, y empleaba todas sus fuerzas en los aumentos de su culto y adornos de su Templo.

Miraba el V. Padre el Colegio como una plaza de armas honrada con el sagrado Lábaro, é instituida para Seminario, en donde se habian de educar tantos Campeones como Misioneros, que la habian de mantener en perpetua guerra contra el Infierno, predicando en todo el Mundo á Christo crucificado; y animado de este piadoso concepto, gastaba gustoso sus fuerzas en procurar ampliar su fábrica, y proporcionar todas las comodidades posibles para que hubiera muchos Operarios, y en estas solicitudes logró dextarle con muchos aumentos, cumpliendo el trienio de su Guardiania, pero no el de sus amantés ansias.

Por ellas, en los tres años que sobrevivió, continuó el trabajo de cuidar la fábrica de la Noria, para dar agua, no solo á beneficio del Colegio, sino tambien del Vecindario, pues se le participaba en una pila que estaba en el cementerio, por lo que podía muy bien decir que sobreimpedia su vida por el amor de los próximos,

Ff

pues en ese trabajo le hirió una ardiente insolacion que en breves dias le causó la muerte, y fue en el Noviembre de setecientos veinte y dos años, á los sesenta y cinco de su edad, y casi quarenta de Misionero Apostólico y Fundador del Colegio, en los quales trabajó incesante en el ministerio, girando por todo el Reyno, y fertilizándole, como benigno Astro, con las influencias de su doctrina y exemplo.

Lo que hace gloriosa su fama, es el fervoroso zelo en que empleó los talentos de su espíritu, dilatándolo mas que su vida, la que habiendo sido tan laboriosa y ocupada en viajes largos, misiones y cargos, que le gastaban el tiempo, á costa de desvelos y fatigas, con todo, llegó su zelo hasta donde no podía llegar su voz, pues hasta el dia de hoy predica por las de otros, en muchos Sermones que dexó escritos en unos diez Tomos en octavo, cuyo cierto número no se puede decir, por no haber sido la sollicitud de recogerlos, tan eficaz como fue la de aprovecharse de ellos, lo que habrán logrado con aplauso, pues siendo Sermones de muchas materias morales, no pueden padecer la nota de plagiados, así porque en aquel tiempo no corrían las abundantísimas fuentes que hoy son comunes, como por el particular carácter que en las frases, voces y expresiones denotan el zelo, genio y estudio del V. Padre: esto mismo sucede cantando en las voces de todos los Misioneros, pues él hizo é imprimió la Aljaba Apostólica de penetrantes flechas, para rendir la fortaleza del duro pecador, con varias Canciones y saetas que se acostumbra cantar en las misiones.

Escribió la primera parte de la Crónica, desde la fundacion del Co-

legio y sus primeras misiones de Fieles, como tambien las de Infeles en el Reyno de Guatemala y conquistas de la Talamanca. Hizo una traduccion Española de las Bulas del Señor Inocencio XI. con que facilitó su genuina inteligencia. Estos distinguidos méritos realzan la piadosa memoria de sus virtudes, estimadas como de

un Varon Religioso, de un Misionero zelosísimo, y de una firme columna que eligió el Señor para establecer el místico edificio del Instituto Apostólico, para el bien espiritual de estos Reynos, y á quien el Colegio debe un perpetuo reconocimiento, por el grande amor con que siempre solicitó sus espirituales y temporales progresos.

CAPÍTULO X.

Vida del V. P. Fr. Francisco Hidalgo.

Viene en Mision de España, y sus primeros trabajos en el ministerio.

EL último de los Fundadores que murió en la filiacion del Colegio, fue el V. P. Fr. Francisco Hidalgo, que en la florida edad de veinte y quatro años renunció su Patria y amada Provincia de los Angeles, por incorporarse en la Mision del V. P. Linaz; y habiendo sido uno de los que reseñó en la Contratacion de Sevilla, permaneció en sus santos propósitos de venir á las Indias, quando otros mas provechos en edad, letras y experiencia, desertaron de tan apostólica empresa. No se conserva documento alguno de la Patria, Padres y circunstancias de la vocacion de este V. Padre al ministerio, y solo permanece la lacónica memoria, que expresa: «Fue Religioso sumamente sencillo, y muy zeloso de la conversion de los Infeles, entre quienes pasó lo mas de su vida.»

De suerte que para la debida inteligencia de esta nota, se ha de suponer que aun siendo de tan corta edad, lo pone la lista de esta Mision instituido ya en su Provincia de Pre-

dicador, lo que prueba haber finalizado todos los Cursos Escolásticos, para lo que era preciso que hubiera tomado el santo Hábito en la tierna edad de quince años; y siendo esto en una Escuela de virtud y recoleccion, como lo es la Provincia de los Angeles, y en una estrechísima disciplina con que educa á los jóvenes Coristas, no fuera novedad que el V. Padre se conservara á una angélica inocencia y sencillez columbina, incapaz de toda duplicidad, dolo y malicia, pues este gran bien, es propio de los que se sujetan al yugo de la Ley santa desde su adolescencia, como que les utiliza para acostumbrarse desde la juventud á la disciplina, mortificacion, austeridad y paciencia, que son contrarias á los dobleces, cautelas y astucias de la malicia mundana.

Así se vió en la perseverancia y rendida obediencia con que se sujetó á los órdenes que le impuso su V. Comisario, y que cumplió todo el tiempo que tardó en embarcarse. No le fue ménos útil su sencillo genio y

mortificacion religiosa, para tolerar con paciencia los trabajos que en la navegacion se le ofrecieron, por los peligros propios, y por los más importantes en que se veia la salvacion de otros próximos, en cuyo socorro espiritual se esmeraba, consolando á unos y confesando á otros, para que todos con ánimo contrito pidieran al Señor misericordia y firme esperanza de su bondad infinita: tambien le fue muy útil su sencillez columbina, para sufrir la larga incomodidad de mas de tres meses en el barco, «cuyos trabajos, segun lo expresa el P. Diez en el mismo viage, fueron mayores en los que por la estrecha pobreza se embarcaron sin mas provision que la penuria en todo, siendo forzoso el tolerar con silencio las necesidades que no redimió el flete de la plata, y tener por agasajo para descansar, el rincón que de justicia se le concede al mínimo Pagesillo de la nave, y no todas veces se permitia ese corto alivio.»

Mayores bienes logró su humilde pero esforzado espíritu, en las lacerias, escasez y miserias que padeció en el Puerto de Veracruz, porque estando saqueado de Piratas, y llenos de angustias sus habitadores, prisioneros unos, estropeados otros, y mal sepultados los muertos, tuvo en que exercitar las virtudes, consolando á los vivos, y dar ménos horrorosa sepultura á los difuntos, hasta que viendo el V. Comisario la suma inopia de alimentos, reducidos á unos frixoles mal sazónados y muy poco vizcocho prieto, les mandó que de dos en dos se fueran marchando, sin mas equipaje que el báculo y el Breviario; y para que tantos Sacerdotes fueran beneficiando aquellos Pueblos, les ordenó que fueran haciendo mision en

ellos, con lo que el V. P. Hidalgo venia logrando los grandes bienes que logran los que desde su adolescencia cargaron el yugo suave de la Ley divina, pues les son de grande utilidad los trabajos y dolores, porque ellos sujetan la soberbia, confirman la virtud y paciencia, y prueban y hacen á los hombres mas mansos, sabios y cautos en los que se ofrecen en el Mundo, y en las falaces riquezas de sus comercios.

Cargado de ricos despojos que en tan dolorosa batalla habia ganado el V. Padre, llegó á San Juan del Río, en donde estuvo ayudando á la mision que allí se hizo, en el tiempo que fue necesario para poder los Misioneros entrar á la posesion del Colegio. Fue esta en el dia mas glorioso y de mas consuelo para un espíritu fatigado, porque fue el dia de la Asuncion de Maria Santísima á los Cielos, y siendo esta divina Señora el centro de su devoción y amor, la tuvo por feliz estrella que le conducia al lugar que el Señor le tenia destinado, para que por la observancia más rígida de la Regla Seráfica y de las Constituciones Apostólicas, se hiciera: apto para el ministerio, en que no habia de tener otro objeto que la honra de Dios y el bien de las almas. Abrazó con tanto amor y fervor las penalidades del Instituto, que era de especial edificacion á los Compañeros ver en él la práctica del Recolecto en que se habia criado, muy conforme á los Estatutos Apostólicos; y así, era exáctísimo en las asistencias de dia y de noche en el Coro, en la oracion, en el profundo silencio, y en otros voluntarios y espirituales ejercicios; y no era ménos admirable el ardiente zelo con que predicaba contra los vicios, fulminando rayos de justicia la cánta-

dida nube de su inocente alma. Bien conoció la penetrante luz del V. P. Fundador, las prendas de aquel joven Misionero, y por eso lo escogió para uno de los Predicadores que aquel mismo año llevó consigo para la famosa mision que se hizo en la Imperial Corte de México: en ella trabajó incansable, predicando en las Iglesias, calles y plazas, y asistiendo en el Confesonario hasta que se dió fin á tantas laboriosas tareas. Para que el fervor que los Misioneros habian concebido en los grandes frutos de esa mision no se apagara, sino que antes se encendiera mas, les envió por varias partes, y con otros quatro al P. Hidalgo para el Obispado de Puebla: en él prosiguieron predicando la divina palabra, hasta que llamados de la obediencia, se volvieron desde Atrisco, con harto dolor de no proseguir la cordillera que llevaban á la tierra caliente. Casi todo el año de ochenta y quatro gastó el V. Padre en estas apostólicas correrías, dexando en todos los Lugares en que se hacia la mision, establecida la frecuencia de los santos Sacramentos, la devocion de la Pasion de Christo en los pasos del Via Crucis, y la del santo Rosario de Maria Santísima, á las que alentaba á sus oyentes con suavísima eficacia, para que por su medio pudieran perseverar en la divina gracia.

Por la Quaresma del siguiente año fue el V. Fundador á hacer mision en la populósima y célebre Ciudad de la Puebla, y entre otros Compañeros, llevó al P. Hidalgo. Era su Illmo. Señor Obispo, el Dr. D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, y por las experiencias que tenia del copioso fruto que se coge en las misiones, les tenia tal amor á los Misioneros, que

de justicia le llamaban su amantísimo Padre, y para alivio de los Confesores y consuelo de sus ovejas, les concedió toda su autoridad y facultades, publicando la mision el mismo Señor Illmo. y predicando el primer Sermon en la Catedral: siguieron los Misioneros, y con ellos alternaba el P. Hidalgo, predicando en los Conventos, en las plazas y calles, siendo tal el estallido que dió esta mision, que sonó por todo el Reyno, porque fueron abandonados los trages profanos, restituidos hurtos y usuras de grandes cantidades, reconciliadas antiguas enemistades, cesaron los tratos ilícitos y los deshonestos, y sobre todo, era de admirar la multitud de confesiones generales y penitencias públicas que por todas partes veían. Acabada la mision, repartió en Esquadras el V. Fundador su Apostólica Compañía, y con el R. P. Escaray, señaló al P. Hidalgo, que hicieran la guerra al Infierno, predicando en muchos Pueblos del Arzobispado de México.

Así llegaron al Pueblo de San Juan del Rio, en el que concurriendo el V. P. Linaz, anunció la mision, que continuaron otros Misioneros y el P. Hidalgo: fue grandísimo el concurso, é igual el fruto, porque habiendo ocurrido el día de Corpus, lograban todos los Lugares circunvecinos el confesarse con los Misioneros, que habia mucho tiempo lo deseaban, y con tener la octava patente el Divinísimo Sacramento, se movian á comulgar dignamente, á que con encendido zelo les exhortaban con razones eficaces, y con espantosos exemplos. Acabada esta Mision, prosiguieron los Padres Estevez é Hidalgo haciéndola por los Lugares de Tlaxcalilla, Huichiapan y demas hasta Lerma: en Toluca se separó el P. Estevez, y prosi-

guió con el P. Hidalgo el P. Fr. Pedro Medina, y entrando por Calimaya, fueron hasta Malinalco y otros muchos Pueblos, sin dexar los Obrages y Hacienda del camino, de modo que se conmovió la gente de aquellos contornos tanto, que seguian á los Padres por los caminos, y de un Lugar á otro se confesaban andando, por lograr la ocasion que no habian podido conseguir en los Pueblos. Despues de tan larga y trabajosa peregrinacion llegó el V. Padre al Colegio, ofreciendo todos los frutos al Señor y dueño de la mies, y anhelando renovar su espíritu en las asistencias del Coro, y en otros espirituales ejercicios y penales mortificaciones, sin faltar al Confesonario y demas cargas del Instituto.

Por Febrero del siguiente año de ochenta y seis salió el V. Padre con el P. Fr. Pedro Medina, y comenzaron su mision en la Villa de San Miguel el Grande, y fue necesario predicar y confesar veinte dias, por ser muy copioso el concurso: de allí pasaron á San Juan de la Vega y otros Pueblos, hasta caer á Apaseo: en todas partes llenaba el Señor su zelo de bendiciones, por la solicitud con que las gentes dexaban sus casas por oír los Sermones, y venian de varias distancias solo por confesarse: era esto con tal frecuencia, que apenas tomaba el V. Padre algun corto descanso, quando desvelado se iba al Confesonario, por lo que fatigado de tanto afan, vino á rendirse su robustez, y entre las fatigas de su zelo, cayó gravemente enfermo y se restituyó al Colegio.

Hacian muy apreciable en las tareas del ministerio la compañía del P. Hidalgo, tanto la lisura y mansedumbre de su genio, como la activi-

dad zelosa de su espíritu, y por eso el R. P. Fr. Antonio Escaray, saliendo á llenar el derrotero que para sus misiones le habia dado el año antecedente el Señor Obispo de Guadalajara, lo escogió para Compañero, partiendo el trabajo del Púlpito con predicar él todos los Sermones, y el P. Hidalgo las explicaciones: hacia esto con claridad maravillosa, porque alumbrando los entendimientos, cautivaba las voluntades. Explicaba con encendido espíritu los divinos misterios, exhalando entre sus voces tales afectos, que se atraía la atencion de todos, y así los hacia capaces de los que son necesarios para salvarse: del mismo modo lo hacia con la explicacion de los divinos preceptos y de los Eclesiásticos, y dando la inteligencia substancial de los santos Sacramentos, se esmeraba en la del de la Penitencia, enseñando el modo de examinar los pecados, los medios para alcanzar un verdadero dolor, y las partes que son de esencia é integridad de tan saludable Sacramento.

Facilitaba con admirable modo el hacer una confesion general, y exhortaba á ella, como que es la red barredera de todas las culpas, y sin la qual no podrá salvarse el que las ha callado, ó por otros motivos ha hecho confesiones sacrilegas; y como sus doctrinas las moralizaba, comparando con destreza las luces de la Fe que profesan los Christianos en el santo Bautismo, con las tinieblas de los vicios, en que muchos viven de asiento, con breves y vehementes declamaciones, disponia los ánimos para oír con atencion los Sermones. Luego que el R. P. Escaray acababa de predicar, hacia que el V. Padre saliera á la grada del Presbiterio con un Santo Christo, y segun habia sido el

asunto del Sermon, lo confirmaba con algun exemplo, y con inéctivas apostóficas, movía al auditorio á hacer el Acto de Contrición, con tan fervoroso espíritu, afectos de dolor y propósitos de la enmienda, que anegado el auditorio en amargas lágrimas, y con extraordinarias demostraciones de penitencia, pedía á voces misericordia, y se veían los efectos de su dolor en admirables conversiones, y en la eficacia con que solicitaban todos el confesarse.

Con este utilísimo método fueron continuando su mision, que comenzó en la Villa de Lagos, y por los frutos se confirmaban en él, viendo la multitud de confesiones generales, el abandono de los trages y el reforme de costumbres, usando de las facultades que les franqueó el Señor Obispo para dispensas matrimoniales, y casándose innumerables, con lo que se veía la frecuencia de los Sacramentos, del Vía-Crucis, y demas devociones en que imponían á aquellas gentes, para la perseverancia en sus buenos propósitos. Pasaron al célebre Santuario de nuestra Señora de San Juan, en donde ocurrió todo aquel Vecindario, siendo muy grande el concurso, y no menor el fruto, de forma que no sabían aquellas gentes separarse de los Misioneros, y los seguían hasta en los caminos, y así fueron evangelizando todos aquellos Pueblos, con gran consuelo y bien espiritual de sus moradores y Vecinos, pues era el tiempo del cumplimiento de la Iglesia, y siempre padecen mucha inopia de Ministros para satisfacerlo. Así siguieron á la Hacienda de Mata, en donde fueron tantas las confesiones, que se pobló como el mayor Pueblo, y pasando á la Villa de Aguas calientes, tuvieron algun alivio con la

ayuda y fervoroso zelo del V. P. Escaravez que fue á acompañarles. Juntos ya los tres, entraron en la N. C. de Zacatecas, que recibió á los Misioneros con tanta veneración y aplauso, que quiso el Señor pagárselo con multiplicados beneficios en bien espiritual de todos, y con su perpetuidad en el exemplarísimo Colegio que al amparo de Maria Santísima fundaron, y mantienen sus Apostólicos Misioneros. Salieron de tan ilustre Ciudad, seguidos de mas de tres mil personas, y prosiguieron sus tareas en todo aquel Real de Minas de la Veta y el de Pánuco, sin perder tiempo de dia y de noche en las confesiones y consuelo de todos, á que cooperaba incansable el P. Hidalgo.

El tercer viage en que acompañó al R. P. Escaray, fue también con el P. Estevez, y salieron el año de seiscientos ochenta y ocho, encendidos sus corazones en el zelo de la conversion de los Infieles, como principal objeto de la fundacion del Colegio. Para tan santo fin, pidieron la licencia necesaria por nuestra santa Regla á su Prelado, y con ella la del Illmo. Señor Obispo de Guadalupe, el que se la dió con tan benigno afecto, como era el deseo que tenia de que se predicara el santo Evangelio á innumerables Gentiles que en su visita general había reconocido, y á muchos que le habían pedido el santo Bautismo. Caminaron los Padres con la recámara de la santa pobreza, y á pie, haciendo mision en todos los Pueblos que median hasta la Villa del Saltillo: en esta fue la mision muy fructuosa, y como el trabajo fue muy pesado en Púlpito y Confesonario, cayendo sobre los de ciento y setenta leguas de camino, se rindieron á las fuerzas corporales del R. P. Escar-

ray, y perdió la salud en tal grado, que le fue necesario el volverse para el Colegio.

Los dos Compañeros, fiados en la divina Providencia, prosiguieron su derrota, y llegaron á la Villa de la Monclova, y presentando sus despachos á los Superiores, no tuvieron efecto alguno, ni recibieron el fomento que esperaban, por lo que determinaron tomar el rumbo del Rio-Grande del Norte, para promulgar el Santo Evangelio en las bárbaras naciones que se mantenian en sus orillas. Esté fue mayor golpe para el comun enemigo, que temia se debilitara el tiránico imperio con que las dominaba, y que la propagacion de la Fe en aquellas tierras, y el ver enarbolado en ellas el Real Estandarte de la Cruz santísima, era declararle una perpetua guerra, y por eso jugó todos los artes de su astuta malicia, y con sugeriones aparentes, hizo que se opusieran declaradamente á los intentos de los Misioneros todos aquellos Superiores.

Pero quando con tan amargas angustias les cerraban los caminos, y veían los afligidos Padres frustrados los afanes de su apostólico zelo, solo sentian sus corazones ver malgrado en tantas almas el beneficio de la Redencion, y perdido el tesoro de la sangre que Jesuchristo derramó por ellas, y así, no tuvieron otro asilo que el de la oracion, confiados en que no hay accion humana que no tenga necesidad del favor divino, y solo nuestro Dios es el único y verdadero refugio, poder y socorro en las tribulaciones que nos combaten; y fue así, pues por una rara providencia dirigió el Señor sus pasos al logro de sus deseos. Habian asistido á la mision que los Padres hicieron en el Saltillo, tres

Indios Tlaxcaltecos, y atraidos del buen olor de sus virtudes, de su desinterés y pobreza, y de la santidad de su doctrina, les habian tomado mucho amor, veneracion y respeto; y viéndoles en la Monclova tan afligidos, se fueron al Convento y les dixerón: »Mis Padres Misioneros, Christos de la tierra y nuevos Redentores de nuestras pobres almas, ya tenemos noticia de sus tristezas y desconsuelos: no os affixais, que nosotros os llevaremos á un sitio que llaman Boca de Leones, donde queremos poner un Pueblo: si os quadrare el parage, nosotros, aunque somos unos pobres, solicitaremos Infieles que convertais, y nos tendremos por muy dichosos en servirles en su mision, y en acompañarles en los caminos.»

Dexáronse llevar los Padres de este consejo, como de un soberano auxilio, pues es estilo de la Sabiduría divina, elegir las criaturas mas despreciadas para confundir las mas fuertes, y valerse de los mas humildes para las empresas mas grandes, y aquella obsequiosa oferta de unos pobres Indios, era evidente prueba de que no hay bien que pueda hacer dichoso al hombre, si no se deriva del mar inmenso de todos los bienes, porque su soberana Providencia es la que le dá favor, ayuda y alivio en todos los trabajos y aflicciones, si con constancia y devocion se le piden; y así, emprendieron en compañía de los Indios el camino. Llegaron á Boca de Leones, y aunque sitio muy frondoso, ameno y abundante de aguas, no satisfizo sus deseos, porque no hallaron las de los Pueblos Gentiles que sedientos buscaban; pero los Indios les dixerón que no se desconsolasen, que diez leguas de allí no podian faltar, pues toda aquella tierra era suya, y yendo en

su busca, se quedaron los Padres en una choza, esperando conseguir por la oracion la vocacion á la Iglesia de aquellas naciones bárbaras, y á pocos días volvieron trayendo una de Indios Alasapas, con otros Apóstata, y algunos Gentiles de diversas naciones.

Á su vista, salieron los Padres á recibirles con los brazos abiertos, y estrechándoles en sus corazones, cantaban alabanzas á Dios por sus grandes misericordias, y á María Santísima por su intercesion piadosa; y viendo la docilidad de aquellos miserables Gentiles, trataron de hacer una Iglesia, y dedicarla á honor de los Dolores que en nuestra Redencion padeció, como cooperadora de ella, la divina Señora: trabajaron tambien una pobre choza para su alvergue, y dieron principio al catequismo y doctrina de la Ley de Dios á los Gentiles, de enseñanza y razon á los Apóstatas, y de fomento é instruccion á los Tlaxcaltecas. Ni fue solo espiritual el bien que resultó de esta extraordinaria conquista, porque los Indios Alasapas dieron noticia de unas piedras muy pesadas que habia en un cerro fronterero á la Mision, y habiendo hecho ensayos de ella, se descubrió el riquísimo tesoro de que se han sacado tantas cantidades de plata, siendo el P. Hidalgo el primero que bendixo la mina que llamó de San Francisco de Asís.

Pero no estos, sino otros mas opulentos tesoros eran los que buscaban los Misioneros, que estaban escondidos en los bosques y eriazos de aquellos campos, por lo que no pudiendo contenerse en aquellos ámbitos, salian á peregrinar por los montes, y á largas distancias, para explorar la tierra y abrir camino por don-

de pudiera establecer otras Misiones el Colegio, en cumplimiento de su Instituto, cuyo glorioso fin se ha visto tan bien logrado: en el interminable trabajo, les bendecia el Señor sus hambres, fatigas y sudores, dándoles muchos Gentiles que sacaban de los breñales é iban agregando á la Mision, doctrinándoles con suavísimas instrucciones para el logro de sus almas, é imponiéndoles en el trabajo para su precisa subsistencia y la de sus hijos. De suerte que agregada aquella Mision á las veinte y nueve familias que se habian congregado de Tlaxcaltecas, logró el laborioso zelo de los dos Misioneros, que en aquellos desiertos fuese conocido y adorado de la barbarie gentilica el supremo Señor de Cielos y Tierra, y poblado de Españoles aquellos Reales de minas, tributaran al Rey Católico grandes caudales, que han aumentado su Real Erario, no siendo la menor parte del apostólico ministerio, la de administrar los Sacramentos á innumerable gente, y muchos Mercaderes, que la fama de la riqueza de aquellas minas, habia juntado en una gran Colonia.

Pero quando iban mas prósperos los adelantamientos espirituales y temporales de aquella nueva Mision, tuvieron los Venerables Padres que sacrificar al Señor en la ara de la obediencia su zelo, sus fatigas y su consuelo, porque recibieron mandato de su Superior Prelado para que entregaran la Mision al Ordinario, lo que hicieron con humilde rendimiento, aunque con inexplicable dolor de haber de desamparar aquellos Neófitos y Catecúmenos, que miraban como á hijos de su dolor, por haberlos engendrado en Christo Jesus por la predicacion de su Evangelio. No fueron desiguales en el Señor Obispo los

afectos, pues aunque les envió un escogido Párroco, bien conocia que no podian estar aquellas naciones tan radicadas en la Fe recibida, que no necesitasen de una continua doctrina y caridad apostólica para su perseverancia, y así fue, que desconociendo los Alasapas y demas Gentiles la voz

del Pastor que les gobernaba, dieron estampida, y como errantes ovejas, se dispersaron por aquellos montes, y se fueron á buscar sus antiguas madres. Habian asistido los Padres la dicha Mision mas de dos años, sin separarse desde que salieron del Colegio hasta este tiempo.

CAPÍTULO XI.

Prosigue el V. Padre Hidalgo en la conversion de los Infeles, y es elegido para la segunda entrada que se hizo á los Texas.

HABIA fundado el P. Fr. Damian Masanet la Mision de Santiago de la Calera, y habiendo de ir al reconocimiento de la Bahía del Espíritu Santo, dexó por su Ministro al P. Hidalgo, el que haciéndose cargo de aquella reciente Villa, trabajaba en todas sus vigilias, para que fructificara al Señor de ella: toda la eficacia de su genio y de su zelo era necesaria para instruir los Neófitos en la Doctrina Christiana, que les daba todos los dias á mañana y tarde, y para habituarles al trabajo y vida política, con que aumentarán su poblacion y sementeras, sin tener en su soledad mas consuelo que el trato continuo con Dios en la oracion y ejercicios espirituales que acostumbraba. Acabada la expedicion de la Bahía, fue necesario que el P. Masanet pasara al Colegio, prosiguiendo el P. Hidalgo en el cuidado de aquella Mision, y volviendo el dicho Padre con otros Religiosos el siguiente año de noventa y uno, para entrar segunda vez en la Provincia de Texas, y con facultad de elegir para ella los Religiosos que fuesen de su satisfaccion, eligió al P. Hidalgo, por la que tenia experimentada en las dos Misiones

que habia asistido, y para eso hizo que la Mision de Santiago se agregara á la de la Caldera, y efectivamente se les entregó á los Padres de la Provincia de Guadalupe.

Asorado de su ardiente zelo, no sentia el V. Padre las fatigas de tan dilatado, incómodo y peligroso camino, porque se consideraba en la posesion de un Apostolado, que concebía no podria padecer los quebrantos que en el antecedente habia padecido; y habiendo llegado al rio de San Marcos, hicieron alto para esperar el convoy del Gobernador y demas Comitiva; pero siendo mucha la tardanza, prosiguieron los Religiosos con algunos Soldados sus marchas, sintiendo las incomodidades de las lluvias, pantanos y crecientes de los rios hasta llegar á Texas: todos estos afanes, y otros mayores, sufría el V. Padre, con la esperanza de verse entre los Indios instruyéndoles en la Fe y dándoles el santo Bautismo.

Llegó el Gobernador, y embargado de otras importantes expediciones, no pudo detenerse á la fundacion de las ocho Misiones, porque para tanta Tropa, le faltaban los víveres necesarios; y habiendo nombrado al-